

Contra el tiempo

Luciano Concheiro

Contra el tiempo

Filosofía práctica del instante

Fotografías de Gabriel Orozco



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Il·lustración: «Vitres», foto © Gabriel Orozco
Il·lustraciones interiores: Gabriel Orozco

Primera edició: novembre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Luciano Concheiro, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6409-0

Depósito Legal: B. 21055-2016

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23
08213 Polinyà

El día 27 de septiembre de 2016, el jurado compuesto por Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú y el editor Jorge Herralde, concedió el 44.º Premio Anagrama de Ensayo a *Estudios del malestar*, de José Luis Pardo.

Resultó finalista *Contra el tiempo*, de Luciano Concheiro.

¿No ha llegado ya la hora de declararle
la guerra al tiempo, nuestro enemigo común?

E. M. CIORAN

Si me viera obligado a señalar un rasgo que describiera la época actual en su totalidad, no lo dudaría un segundo: elegiría la aceleración. Este fenómeno explica en buena medida cómo funcionan hoy en día la economía, la política, las relaciones sociales, nuestros cuerpos y nuestra psique. El incremento de la velocidad es una mirilla por la cual, sin tener que recurrir a perspectivas reduccionistas, podemos ver –y acaso entender un poco mejor– el mundo contemporáneo y a quienes lo habitamos.

Cada etapa histórica se distingue por una manera particular de experimentar el tiempo. La nuestra es la época de la aceleración. La concep-

ción temporal de la Modernidad era como una escalera ascendente sin fin: rectilínea, arrojada hacia el futuro y articulada por la noción de Progreso. En cambio, la concepción temporal que hoy predomina es más bien como una página web de *scroll* infinito (es decir, como funcionan Facebook, Instagram y Twitter). Percibimos una sucesión constante de eventos que se desplazan unos a otros rápidamente. No hay dirección, no se va a ningún lugar. Es un ciclo interminable cuyo único elemento constante es la aceleración. La Historia terminó porque no hay una narración coherente (un metarrelato, hubiera dicho Lyotard) que aglutine lo que sucede. Cuando más, podemos aspirar a construir un listado de hechos: un *News Feed* o un *Timelime* parecidos a los Anales medievales. La imagen que mejor explica cómo experimentamos el tiempo es la de una rueda para hámster que gira a una gran velocidad pero no se desplaza. Vivimos en una época de inmovilidad frenética.

Hay diferentes tipos de aceleración. El sociólogo Hartmut Rosa ha propuesto un sistema clasificatorio: por un lado, la aceleración de los desarrollos tecnológicos; por el otro, la de los cambios sociales, y, por último, la del ritmo de la vida

diaria. Sin embargo, como él mismo reconoce, en realidad existe un ciclo de retroalimentación entre estas distintas manifestaciones. De ahí se desprende la dificultad de cualquier análisis sobre el tema: hay que estudiar la aceleración como un fenómeno total y, simultáneamente, prestar atención a las formas particulares en las que encarna.

El presente ensayo busca hacer frente a esta disyuntiva. Para lograrlo, se explora la aceleración desde distintas perspectivas. En la primera sección, se examina la manera en que el capitalismo la ha utilizado como mecanismo para cumplir su necesidad básica (la obtención sin fin de ganancias). En la segunda, se examina su impacto en la política: cómo ha estructurado una política oportunista y cortoplacista, que piensa ante todo en la coyuntura y depende de los medios de comunicación. En la tercera, se investiga el tipo de subjetividad que ha constituido: sujetos dispersos, estresados, ansiosos, deprimidos, necesitados de sustancias estimulantes, que siempre están de prisas.

Ya no basta con realizar un diagnóstico de nuestra época. Hay que atreverse a dar un paso más allá: arriesgar propuestas. Siguiendo ese principio, aquí se propone una vía para escapar de la

aceleración. La ingenuidad es dejada de lado: se sabe que en la actualidad no existen las condiciones para emprender el cambio sistémico necesario para terminar de tajo con la aceleración. Por esta razón, la propuesta es modesta. No se quiere erradicar lo que nos oprime, sino simplemente huir de ello. Dicho de otra forma: se busca emprender una *Resistencia tangencial* que, aunque no transforme la realidad circundante, nos permita escapar por momentos de la velocidad.

La lentitud resulta una estrategia infructuosa frente a la lógica de la aceleración. Los intentos por querer ir más lento terminan siendo infestados por su dinámica y, sin excepción, se vuelven veloces. Para escabullirse de la velocidad hay que aventurarse a enfrentar al tiempo mismo: detener su curso. Esto sólo puede lograrse mediante el instante: una experiencia que consiste en la suspensión del flujo temporal. El instante es un no-tiempo: un parpadeo durante el cual sentimos que los minutos y las horas no transcurren. Es un tiempo fuera del tiempo.

Si se busca hacer un uso político del instante, entenderlo como una temporalidad radical, es

necesario fundar una *Filosofía práctica del instante*: una praxis que permita experimentarlo. No un manual ni una rígida doctrina, sino una teórica práctica en continua construcción. Este libro es un primer movimiento hacia esa dirección.

De alguna manera, lo dicho en estas páginas sobre el instante está contenido en las fotografías de Gabriel Orozco. Es fundamental recalcarlo: no funcionan como ilustración o descripción de lo argumentado. Tampoco es que retraten un instante particular. Lo que logran es aún más radical. Hacen que el instante surja, nos permiten experimentarlo.

Los maestros del budismo zen desconfían de los conceptos, pues saben que resultan insuficientes para transmitir sus enseñanzas. Por eso recurren al *kōan*: paradojas que, mediante el deslocamiento de los principios lógicos y racionales, permiten alcanzar un grado de consciencia superior (la Iluminación, el Despertar, el Instante). Cada fotografía de Gabriel Orozco opera como un *kōan* visual.

Este libro, aunque busca combatir la aceleración, es un libro acelerado. Su estilo argumenta-

tivo está pensado para mis contemporáneos –los que vivimos asfixiados por la velocidad–. Su estructura está conformada por una serie de fragmentos, bajo el entendido de que los lectores del presente viven de prisa y realizando varias tareas en paralelo. Cada fragmento tiene apenas unas cuantas páginas: lo suficiente para ser leído entre la llegada de un correo electrónico o mensaje y el siguiente. Los gruesos libros teóricos o filosóficos han caducado porque nadie tiene el tiempo y la atención necesarios para consumirlos.

Al lector acelerado, marcado por permanentes golpeteos de información e imágenes, hay que proveerle de ideas al ritmo que está acostumbrado. No me interesa hacer extensos argumentos. Cuanto más corto y conciso, mejor. Más que convencer, quisiera hacer eco con la experiencia cotidiana: desencadenar el sentimiento de que ya se había percibido aquello que se plantea. Es decir, generar una simbiosis entre la teoría y lo que vivimos en carne propia día con día: mostrar que, en última instancia, de lo que se habla no es más que de nosotros mismos.



Los capitalistas son como ratones en una rueda, que corren cada vez más deprisa a fin de correr aún más deprisa.

IMMANUEL WALLERSTEIN

Bajo la lógica capitalista, la velocidad se desea con fruición. Ir más rápido significa mayores ganancias. A la inversa, cada minuto desperdiciado conlleva pérdidas monetarias. Mientras que la rapidez, la eficiencia y la agilidad se santifican; la lentitud, la torpeza y la pereza resultan aberrantes. Téngase presente que la etimología de «negocio» es *neg-otium*, la negación del ocio y, así, del reposo. (En inglés el ejemplo permanece: *business* proviene del inglés medio *bisy*, ocupado, y nombra la condición de estar ocupado.)

El capitalismo, como sistema económico y social, está basado en un principio simple: el «apetito insaciable de ganar» (Marx). Su singularidad radica, más que en la búsqueda de ganancias, en que esta búsqueda es eterna. Un verdade-

ro capitalista querrá incrementar su riqueza perpetuamente, jamás estará satisfecho y nada le será suficiente. Existieron sociedades en las cuales se obtenían ganancias monetarias por la compraventa de mercancías, pero el dinero conseguido era utilizado para adquirir otras mercancías. La meta no era enriquecerse, sino satisfacer necesidades. En el capitalismo, por el contrario, el dinero obtenido en los intercambios mercantiles es invertido para generar aún más dinero: la circulación del dinero es un fin en sí mismo.

Karl Marx explica este proceso rector del capitalismo mediante la «fórmula general del capital»: D-M-D' (Dinero-Mercancía-Dinero'). El dinero es transformado en mercancías y, posteriormente, éstas son convertidas de nuevo en dinero. Sin embargo, el dinero obtenido al final es siempre mayor al existente en un inicio. El excedente logrado no es otra cosa que la plusvalía, objetivo último de cualquier transacción capitalista.

Lo valioso de la fórmula es que evidencia que el proceso de generación de ganancia es un proceso circular y no lineal. Tanto al principio como al final se tiene lo mismo: dinero. El término de un ciclo es, a su vez, el comienzo de otro. Jacques Derrida señaló con agudeza que «la ley de la economía es el retorno –circular– al punto de partida, al origen». El retorno circular es el deseo fun-

damental porque implica la cristalización de la ganancia, pero también porque permite perpetuar eternamente el ciclo de autorreproducción del dinero. El dinero estático produce resque-
mor, puesto que sólo mientras se mantenga en circulación puede irradiar ganancias. Esto, en sentido estricto, es el capital: no un objeto, sino un proceso: dinero puesto en movimiento con el anhelo de obtener aún más dinero.

La velocidad resulta esencial debido a esta circularidad: cuanto menor sea el tiempo en que se complete el ciclo del capital (Dinero-Mercancía-Dinero'), mayor será la ganancia. No es difícil comprender por qué. Supongamos que soy un productor de zapatos. Cada tres meses se completa la rotación del capital y, en cada ciclo, se obtiene una ganancia de mil pesos. Si logro acelerar el ciclo para que, en lugar de que se complete cada tres meses (cuatro veces al año), lo haga cada dos (seis veces al año), ganaré anualmente seis mil y no cuatro mil pesos. Además, como la ganancia será cada vez mayor, se podrá invertir una cantidad superior de capital y, por lo tanto, incrementar los mil pesos que en un principio se obtenían como ganancia.

Como señala Marx, «cuanto más ideales sean las metamorfosis circulatorias del capital, es decir, cuanto más se reduzca a 0 o se aproxime a 0

el tiempo de circulación del capital, tanto más funcionará éste, tanto mayor será su productividad y su autovalorización». Cualquier mínima dilación resulta inadmisibile. Si se quiere hacer dinero, hay que deshacerse de aquello que cause fricción y, sobre todo, acelerar los procesos de circulación del capital invertido. Es ésta la simple pero poderosa razón por la cual una pulsión por incrementar la velocidad subyace en el devenir del capitalismo.

Desde hace casi tres siglos, la aceleración se ha afianzado como uno de los mejores mecanismos para maximizar las ganancias económicas. Ha permitido tanto incrementar exponencialmente la ganancia de los capitalistas individuales como paliar la voracidad insaciable del sistema en su conjunto. El afán por acelerar los tiempos de rotación del capital es un mandato personal y una necesidad sistémica –de ahí su potencia–. Más allá de cualquier acontecimiento, la obsesión permanece intacta: ganar más, aumentar la velocidad.

No existe una fórmula única para acelerar la rotación del capital, sino una pluralidad de maniobras que tienen efectos disímiles. Esto se debe a que el tiempo total de rotación del capital está